

vitiis spiritum efflavit .. Quæ nunc illi mens de divitiis, quis de pluralitate beneficiorum nunc ei sensus erit? Tu modo fac, quod ille ágeret, si ex avernali carcere emisso vitam denuo auspicari daretur; et quiete morieris, quia opum contemptor vives.

ARTICULO II

LOS HONORES DEL MUNDO

Consideremos también la vanidad de los honores y de las dignidades de este mundo. Nada es tan capaz de darnos una justa idea de ellas como la vista del cuerpo encerrado en el ataúd; toda la gloria de ese nombre, toda la distinción y el esplendor de los empleos con los cuales nos envanecemos en la tierra, son *un vapor que aparece un instante*; ¹ *una engañosa felicidad, una verdadera miseria*, ² que hace desgraciados á aquellos á quienes juzgamos falsamente poseedores de la dicha. Todos los honores, todas las prerrogativas y las dignidades del siglo son una nube fugitiva, un sueño, una sombra que, por algunos días y mientras dura la vida engaña agradablemente al corazón humano. Mas en la

¹ Sau. 4. 15

² S. August. sobre los Sal

muerte, la figura de este mundo pasa; ¹ allá, toda la gloria se desvanece *como una nube*, ² y *huye como un sueño al despertar*. ³ Bajo los rayos del día de la eternidad toda reputación pierde su esplendor, y pasa como una sombra. ⁴ Entonces toda esta dignidad, toda esta engañosa grandeza se convierte en humo, y *desaparece como la huella de una nube que se disipa bajo los rayos del sol*. ⁵

Ese poderoso ministro de los reyes, ese prelado ilustre de la Iglesia, ese temible guerrero, el terror de los pueblos, el conquistador de los reinos y cuyo *nombre glorioso ha volado hasta las extremidades de la tierra*, ⁶ *no llevarán nada consigo cuando mueran, ni sus distinciones, ni su reputación, ni su poder; no llevarán ni púrpura, ni corona, ni mitra, ni casco, ni espada; su gloria no descenderá con ellos* ⁷ De tantos soberanos Pontífices, de tantos Monarcas como han reinado en el mundo, no nos queda más que un puñado de cenizas: *sólo algunos huesos*, dice San Bernardo,

¹ Cor. 7. 31

² Sab 2. 3

³ Job. 20. 8.

⁴ Sab 2. 3.

⁵ 1 Maca 14. 10.

⁶ Sab 4s 18.

⁷ Pedro Damían, Carta á Alejandro II.

nos recuerdan su memoria. Toda la majestad deslumbrante de la tierra, de los cetos y de las coronas desaparecen en un estrecho ataúd. Si, *la muerte nos enseña aun en los esplendores de la gloria hasta qué punto la vanidad temporal mecece nuestro desprecio.*¹

¡Ven, pues, idólatra insensato de un puro nada! Acércate al ataúd, mira ese cadáver, considera esos miembros pálidos y aplomados. ¡Infeliz! á tí es á quien se dirige el día de hoy la prohibición soberana en otro tiempo intimada al océano: *Llegarás allí y no irás más lejos; allí quebrantarás el orgullo de tus olas.*² ¡He aquí tu ataúd, hombre soberbio! *Llegarás á él, quieras ó no; llegarás á él y no irás más allá; no evitarás la hora fatal, en él quebrantarás el orgullo de tus olas;*² todos tus honores, tus proyectos y tus esperanzas chocarán y perecerán en un ataúd. En ese día *todos tus pensamientos serán aniquilados*³ como una tela de araña que la mano de una sirvienta destruye. *Todo va bien ahora, dice Séneca; mas, esta buena fortuna, ¿cuánto tiempo durará?; Cuánto durará esta estimación y esta reputación brillante, esta grandeza y esta gloria de*

¹ Job 38 11

² Ibid

³ Sal. 143, 4.

vuestro nombre? Una muerte pronta é imprevista rematará en un instante, por un fin trágico, esta escena de teatro. Seréis después de vuestra muerte como si no hubierais sido: y no quedará de vos más que un poco de ceniza y algunas horribles osamentas. *Todos moriremos y como el agua correremos sobre la tierra;*¹ *y después de esto somos como si no hubiéramos sido.*²

Ved en su féretro á Salomón reducido á un poco de polvo, él, que fué rey de Jerusalén. Era un poderoso monarca, un príncipe de una riqueza incomparable y el más sabio de los hombres. *El rey Salomón, dice la Historia Sagrada, superó á todos los reyes de la tierra en opulencia y sabiduría*³. *Yo he sido grande, dice el mismo príncipe, y he superado á todos los demás en sabiduría*⁴. *He superado por mis riquezas á todos aquellos que han existido antes que yo, y he aquí que todo es vanidad*⁵. Este rey tan famoso yace ahora sin vida, como el monumento más auténtico de la nada de la grandeza; yace en la debilidad y pobreza de la tumba, privado de su sabiduría y de la ciencia eminente que le adornaba.

¹ 2 Reyes, 14, 14.

² Sab 2, 2

³ Reyes, 10, 25.

⁴ Ecl 1, 16.

⁵ Ecl. 2, 9.

Su gloria, su majestad y su prudencia se han desvanecido *como un sueño de la noche*¹. El universo no le parecía bastante grande para contenerle, y ocupa ahora un espacio tan estrecho que apenas se llena una urna con las cenizas del gran Salomón.

La misma suerte nos espera á nosotros. Toda nuestra gloria, nuestra consideración y nuestra fama se reducirán á un puñado de cenizas cuyo recuerdo se perderá en el olvido del sepulcro. *La muerte no tiene miramiento para aquellos*² á quienes hiere; ejerce su imperio sin excepción de personas, y no atiende ni á la nobleza del nacimiento, ni á la superioridad de la doctrina, ni á la elevación de los empleos; hiere á ciegas, y cosecha y confunde juntos, sin diferencia alguna, al príncipe y al súbdito, al noble y al hombre del pueblo, al rico y al pobre. El sabio muere lo mismo que el ignorante³. Nada distingue sus cenizas, sino es, decía San Luis Gonzaga, que los despojos de los grandes tienen no sé qué de más fétido. Nada distingue sus almas, si no es que los hombres más elevados serán examinados más escrupulosamente, juzgados con más severi-

¹ Job 20, 8.

² Sal. 72, 4.

³ Ecl. 2, 16.

dad y castigados con más rigor, según la amenaza del Evangelio: *Ellos recibirán un castigo más grande*⁴.

Si os hallais en la cumbre de los honores y dominais á vuestros semejantes, figuraos que vienen á la faz de todo un pueblo, sin que hayais podido preveer esta catástrofe, á quitaros vuestra autoridad, á despojaros de la magistratura que ejerciais, á destituirlos de vuestros empleos y á derribaros del alto grado de dignidad y de gloria á que habiais llegado. Imaginaos también que en un instante acabais de perder á la vez esta ciencia extraordinaria, este conocimiento profundo de las lenguas y de las cosas que habeis adquirido á costa de tantos años de vigiliias y de fatigas, y que al mismo tiempo os veis privado del uso de todos vuestros miembros, de la lengua, de los ojos, de los oídos, de las manos y de los piés, en fin, de todos los dones naturales. ¿Con qué espíritu soportarais esos juegos tan inconstantes de la fortuna? Pues bien, al final de vuestra vida, la muerte no hace más que realizar la representación de esta triste escena. Nos quita nuestros títulos pomposos, las prerrogativas de nuestros cargos, los dones que habíamos recibido de la natura-

⁴ Marc. 12, 40.

leza, y nos pone en un ataúd: allí ya no somos ni grandes, ni ilustres, ni estamos rodeados de respetos; somos pasto de los gusanos, ceniza y polvo, ó, mejor dicho, no somos nada; allí, privados del conocimiento y de la sensibilidad, ciegos, sordos y mudos, con los miembros inmóviles y helados, somos como un juguete de fortuna, como una enseñanza solemne de las vanidades de la grandeza. Entretanto, otros que fueron nuestros rivales y tal vez nuestros enemigos, se apoderan de nuestros empleos, reciben nuestras rentas, ocupan nuestros puestos y se llenan de orgullo con nuestras dignidades.

Sobre el féretro se han colocado los blasones de nuestra familia, las insignias de nuestra nobleza y de los empleos que hemos ocupado. Las velas y blandones arden en derredor: todo en ese aparato revela, con el duelo, el fausto de una pompa fúnebre. Mas ante este espectáculo, ¿qué pensará nuestra alma de los honores de este mundo? ¿Qué consuelo ó qué alivio darán todos esos preparativos lúgubres á sus penas? Responde tú mismo á estas preguntas, ¡oh pecador! mientras tu cuerpo yace en un féretro y tu alma arde en el purgatorio. ¿De qué te servirá haber sido noble, sabio, condecorado con muchos títulos de honor, cubierto de dignidades y llamado á ocu-

par empleos elevados, si, por esos falsos bienes, has perdido un solo grado de la gloria eterna, ó si has aumentado solamente un cuarto de hora la duración de tus sufrimientos en el purgatorio? ¿De qué te servirá haber brillado con todo el esplendor de los más bellos dones de la naturaleza, haber ofuscado á los otros por la profundidad de la ciencia, haber ocupado los puestos más eminentes, si todas esas ventajas no han sido más que una semilla de orgullo, un obstáculo á la virtud y una ocasión de perdición para tu alma? ¿De qué te servirá haber gobernado á los otros y haber descuidado tu propia conducta, haber consumido tus años en la dirección de los negocios, y cargado tu conciencia de pecados ajenos, gravando con omisiones involuntarias la cuenta que tienes que dar? *Yo lo he sido todo*, exclamaba un poderoso monarca que se había elevado sucesivamente desde la más humilde condición hasta el rango supremo, desde el arado hasta el trono y de la custodia de los rebaños hasta el soberano poder, *yo lo he sido todo, y ésto me es inútil*.

Mas, por el contrario, ¿qué perjuicio le resulta á San Pablo, á San Juan de la Cruz, á San Simón Sales, á San Francisco y á otros bienaventurados de haber sido como *el desecho de todos y como*

las barreduras del mundo? ¹ He aquí que son contados entre los hijos de Dios y su herencia está entre los santos ². ¿Qué mal siente Lázaro ahora por haber sido despreciado, abandonado y, como un vil animal, rechazado de la puerta del rico? En la actualidad es consolado en el seno de Abrahám, y el rico es sepultado en los infiernos ³. ¿Qué han perdido los Felix, los Gil, los Isidoro, los Wendelin y otros muchos por haber sido ignorantes, despreciados, relegados en los lugares más oscuros, ocupados en los más bajos empleos? Brillan ahora como el esplendor del cielo y como estrellas en la eternidad. ⁴

¿Se afligen ellos por haber sido privados de los honores? ¿se arrepienten de haber sido desdeñados y despreciados en este mundo? De ninguna manera. ¡Oh santa penitencia! exclamaba antes de morir San Pedro de Alcántara, ¡oh santa humildad, desprecios y desdenes que aseguráis mis esperanzas, qué consuelo tan grande me dais ahora! ¿Qué se gana? ¿qué se pierde? He ahí un santo y saludable pensamiento que merece toda la ocupación de nuestro espíritu. ¿Qué gana

¹ 1. Cor. 4. 13.

² Sab. 5. 5.

³ Luc. 16. 22.

⁴ Dan., 12, 3.

uno en ser honrado, si encuentra en los honores la causa de su condenación? Al contrario, ¿qué se pierde siendo despreciado, si se encuentra en los desprecios la semilla de la salvación? ¡Oh palabras cortas en verdad, y sin embargo llenas de sentido! ¿Qué se gana? ¿Qué se pierde?

Sois los dos escollos contra los cuales toda gloria viene á desvanecerse como una pompa de jabón. Sois las dos columnas sobre las cuales descansa el sublime edificio de la humanidad. ¡Ay de mí! exclamaba en otro tiempo, á punto de morir, Felipe III, rey de España, *de nada me sirve haber sido rey; no me queda en la muerte más que el pesar de haberlo sido.* ¡Oh vosotros á quienes la sed de los honores devora, escuchad esas palabras de un rey, y grabadlas profundamente en vuestro corazón! De nada sirve haber sido rey, príncipe ó señor; de nada sirve haber sido elevado sobre los otros por nuestro rango, nuestras dignidades y prerrogativas; haber sido rico, grande, poderoso; en la muerte no queda más que el pesar de haber poseído todas estas ventajas. Sí, lo repito: de nada sirve haber sido noble, prelado, doctor, señor ó príncipe; en la muerte no nos queda más que el pesar de haberlo sido.

De esa manera, es, pues, una vanidad,

concluye la *Imitación*, el aspirar á los honores y á elevarse á la mayor altura. *Es vanidad desear lo que debe atraernos después rigurosos castigos. No hay, pues, más que vanidad y todo es vanidad de vanidades y todo es vanidad, fuera de amar y servir á Dios y servirle á El solo. Aun cuando supieseis toda la Biblia y todos los sentimientos de los filósofos¹, aunque gozarais del favor de los príncipes y de los reyes, aun cuando todos los hombres os creyeren una maravilla de la naturaleza, ¿de qué os servirá todo esto, si á los ojos de Dios sois desgraciado, miserable, pobre, ciego y estais desnudo?*² Desterremos, pues, esas falsas ideas de vanagloria; moderemos esos deseos ambiciosos de elevarnos y dominar á los demás; despreciemos los honores del mundo; no estimemos más que lo que Dios y los santos estiman y lo que nosotros mismos estimaremos al fin de la vida y por toda la eternidad.

Algunos días después de su muerte, se apareció un religioso á uno de sus compañeros, y dando á conocer su dolor pronunció estas palabras: Yo fui teólogo; ésto no es ya nada; fui predicador; ésto ya no es nada; fui superior; ésto no es nada ya; fui religioso, y ésto solo me que

¹ Imit 1. cap. 1.

² Apoc. 3 17.

da. Dijo, y desapareció en seguida como una sombra. Véase cómo lo que se estima tanto en este mundo no llama la atención en el futuro. Otro religioso de la misma Orden, de oficio sastre, estando á punto de morir pidió á uno de sus hermanos le trajeran su aguja á su lecho; y teniéndola levantada dijo con gozo: "Ella me servirá de llave para entrar en el cielo, porque jamás la empleé sin haber con una intención pura ofrecido á Dios el uso que iba á hacer de ella. Así es cómo en aquel momento supremo su aguja dió á este humilde religioso más consuelo que sus cetros á los reyes. Y vos que habeis llenado de escritura tantas resmas de papel, ¿qué consuelo os dará vuestra pluma en el último instante? ¡Desgraciados los que se han afanado por adquirir una vana gloria! *En verdad, os digo, que han recibido ya su recompensa;*¹ una recompensa vana, porque ellos eran vanos. Al contrario, bienaventurado el fiel que ha referido á Dios todas sus acciones con una piadosa intención: *En verdad, os digo, que éste no perderá su recompensa.*

Necesario es confesarlo, viven en ceguera muy deplorable los que no se proponen más que vanos aplausos como fin de sus trabajos. Justamente podemos

¹ Mat., 6. 2.

compararles á la araña. *La araña*, dice Pedro de Blois, *saca de su propia substancia la materia de su tela, y una vez tejida mátase por coger, en los hilos que ha tendido, una miserable mosca. ¿En qué es más sabio un hombre que también por una mosca se consume en penas, en cuidados, en gastos de toda clase, no aspirando más que á poder saborear el aroma embriagador de la buena reputación, y obtener el favor y los elogios de lenguas servilmente lisonjeras?*¹ ¡Desgraciados! esta alabanza, este honor, esta gloria que codiciáis con tanto ardor, son el vil insecto contra el cual habéis como la araña tejido vuestras telas, consumiendo vuestras fuerzas y gastando vuestro cuerpo en esta operación. ¡Vaya una locura!

*Examinemos, pues, nuestra conciencia é interroguémonos á nosotros mismos.*² 1.º ¿Comenzamos todas nuestras acciones con una intención pura? ¿Cuántas veces al día renovamos esta intención? ¿No hemos buscado nuestra comodidad, nuestra satisfacción y nuestra propia gloria en vez de la gloria de Dios? El amor propio, bajo la máscara de la piedad, ¿no se ha insinuado tal vez en

¹ Carta, 16

² S. Bernardo,

nuestras acciones? ¿Su ponzoña no habrá alterado el mérito, si no desde sus comienzos, al menos en su continuación y en su fin? *El ojo es la luz de nuestro cuerpo*, es decir, la pureza de intención es la luz de nuestras obras; *si nuestro ojo es sencillo, todo nuestro cuerpo será luminoso; mas si nuestro ojo es malo, todo nuestro cuerpo será tenebroso.*¹ Si, dice la *Imitación*, *la vanagloria es la mayor de las vanidades y un mal terrible, puesto que nos aleja de la verdadera gloria y nos despoja de la gracia celestial.*²

2.º ¿No tenemos la secreta ambición de llegar á un empleo honroso, de obtener alguna dignidad ó alguna distinción superior á las de los otros? Si somos esclavos de tal debilidad, merecemos que se nos aplique este reproche del Evangelio: *No sabéis lo que pedís*³ *Eso es una piedra, una serpiente, un escorpión, y no pan, ni un pez, ni un huevo.*⁴ El corazón del ambicioso es un océano cuyas olas son continuamente agitadas por la tempestad; mas el corazón del hombre que no desea ni rehusa nada, que no desea ni teme nada, es como un paraíso anticipado.

¹ Mat, 6. 22

² Imit. 1.º 3.º cap. 40.

³ Mat, 10. 22.

⁴ Luc. 11. 11.

3.º ¿No soportamos con pena que nuestros superiores no nos concedan ningún adelanto, que nuestros iguales nos desprecien y que nuestros inferiores no nos respeten, que nos reserven siempre los lugares más incómodos y oscuros, y los más bajos empleos? ¡Ay de nosotros! Siendo ya hombres por la edad, somos aun por las disposiciones de nuestro corazón como los niños que lloran porque se les niega un pedazo de vidrio, ó porque les quitan un juguete de las manos ó arrojan un poco de polvo sobre sus vestidos.

4.º ¿No sentimos dentro de nosotros los agujones de la envidia cuando nos desprecian para elevar á nuestros rivales? ¿Y nos atreveríamos á quejarnos de que nos hayan asignado un puesto menos elevado, pero más seguro, y que nos hayan así alejado del precipicio?

5.º ¿Qué género de ultraje, de deshonor ó de confusión produciríamos más pena si nuestra reputación fuese atacada? Según nuestra conciencia nos responda, pongámonos en la disposición de aceptar con generosidad y valor esta especie de afrenta, acordándonos de la admirable máxima de Tomás de Kempis: *Suma sabiduría es el aspirar al reino de los cielos por el desprecio del mundo.* Y ciertamente es muy avaro el que se

niega á aceptar una gloria eterna en cambio de la humillación de un momento.

6.º ¿Pensamos y hablamos de nosotros mismos como pensamos ordinariamente y como hablamos de aquellos á quienes despreciamos y desdeñamos? ¿Nos tratamos como acostumbramos á tratarlos? ¿Deseamos seriamente que los otros tengan hacia nosotros bajos sentimientos y que hablen de nosotros con desprecio? ¿Buscamos cuanto nos es posible, la ocasión de ser tratados como el desecho del género humano? ¿No alimentamos al contrario pensamientos orgullosos, deseos ambiciosos y complacencias excesivas con motivo de nuestra nobleza, de nuestra ciencia y de los dones naturales con que nos creemos adornados? ¿No nos alabamos con jactancia; no rebajamos por envidia á nuestros rivales? En una palabra: ¿no deseamos en toda ocasión exhibirnos, recibir elogios y ser preferidos á los otros? ¿No tememos ser despreciados, vituperados y ser destinados á los últimos puestos? Si descubrimos que este peligroso reptil del amor propio ha hecho su caverna en nuestro corazón, opongámosle al punto el espectáculo del ataúd, para que se seque y perezca bajo el fuego de este espejo ardiente. Tomemos algunas resoluciones particulares,

procurando escribirlas, como también los medios por los cuales nos propongamos ponerlas en práctica.

No nos imaginemos haber hecho ningún progreso si no nos creemos inferiores á todos los demás. ¡Porque rehúsaríamos ser pisoteados como el lodo de los caminos! ¿De qué pueden jactarse la tierra y la ceniza? En efecto, ¿qué es lo que somos? Nuestro cuerpo no es más que un semillero de enfermedades, un foco de infección, un cadáver condenado á la podredumbre, que no es más que polvo y ceniza. ¿Cómo, pues, podemos idolatrar este cuerpo? En cuanto á nuestra alma, somos pecadores, nuestra propia conciencia nos acusa de pecados enormes, con los cuales hemos merecido el infierno; podemos pecar nuevamente aún y merecer la condenación; tal vez pequemos de nuevo y muramos en nuestro pecado; ¿por qué, pues, nos enorgullecemos?

Si no somos más que polvo y nada, ¿porqué nos indignamos cuando este polvo es despreciado, y esta nada es contada por nada? Si no somos más que arcilla, si estamos llenos de defectos y de vicios, ¿por qué deseamos ser alabados? ¿por qué nos irritamos al ser arrojados y pisoteados? Si no somos más que corrupción ¿por qué nos estimamos tanto

y nos elevamos sobre los demás? Si un criado, un miserable esclavo, no puede sin demencia pretender ser honrado como un rey, ¿cómo podemos nosotros exigir atenciones y honores para un poco de ceniza, para un foco de corrupción destinado á ser pasto de los gusanos? ¡Oh muerte! ¡cuán eficazmente nos enseñas la humildad! al que en tu escuela y á la vista de un cadáver no sepa aprender á no ser orgulloso, ¿qué lecciones se le podrán dar? Así, pues, siempre que sintiésemos el corazón lisongeadado por la alabanza, exasperado por el desprecio é inflamado por la vana estimación de nosotros mismos, traigamos á la memoria el recuerdo del ataúd, quitemos con el pensamiento la tabla que le cubre, y consideremos atentamente nuestro cuerpo en su fúnebre prisión; y estemos seguros que tan luego como nos hayamos visto en este fiel espejo de la nada del hombre, todo el orgullo de nuestro corazón y toda la altiva jactancia de nuestras palabras se desvanecerán como una burbuja en el aire. La contemplación de nuestro cuerpo en su ataúd nos enseñará también á despreciar generosamente las riquezas de la tierra y los honores del mundo.

¡Oh Jesús! perfecto modelo de pobreza y de humildad, vos que no tuvisteis

donde apoyar la cabeza y que os resignasteis á tomar la forma de esclavo, á fin de enseñar, con vuestro ejemplo, á huir de la avaricia y el orgullo, no permitais que, seducidos por la ilusión de las riquezas, cambiemos fátuamente por un vil y perecedero metal la herencia inestimable del paraíso; por el contrario, haced que arrojemos de nuestros corazones el amor de las cosas de la tierra, y que, lejos de codiciar los bienes de los otros, hagamos de los nuestros santas y abundantes limosnas, y que usemos de tal suerte de los bienes temporales que no nos hagan perder los bienes eternos. Libradnos de todo orgullo y de toda vanidad de corazón, á fin de que, no gloriándonos sino solo en vos, y no teniendo bajos sentimientos de nadie más que de nosotros mismos, obtengamos, por un constante desprecio de las riquezas y de los honores, la gracia de una buena muerte y que por ella seamos reunidos á aquél que es el verdadero tesoro de nuestra alma y el centro de toda gloria.

Aviso acerca del modo de hacer nuestro testamento

Ya hemos meditado en el primer artículo de la Consideración precedente sobre el desprecio de las riquezas y el

buen uso que se debe hacer de ellas: como las disposiciones que tomamos para nuestro testamento son el último acto de propiedad que podemos hacer, he creído que no sería inútil proponer aquí algunas reglas según las cuales un cristiano que desee, por un principio de piedad ilustrada, dejar en buen orden sus negocios antes de morir, podrá redactar este acto importante de sus últimas voluntades.

El testamento, cuando se hace con la intención y con las disposiciones interiores que conviene tener en esto, es un acto con el cual se pueden adquirir muchos y muy grandes méritos delante de Dios. Es, pues, interesante hacerlo mientras se goza de salud y del entero uso de los sentidos. Este es un consejo que nos da San Agustín: *Yo os conjuro encarecidamente, dice: haced penitencia, poned orden en los asuntos de vuestra casa, antes que sintáis el peso de las enfermedades; no descuidéis nada de lo que tenéis que hacer; haced vuestro testamento. Si esperéis el tiempo de la enfermedad, añade este santo doctor, para motivar su recomendación, seréis rodeado, vencido por las caricias ó las amenazas, y llevado á un punto al cual no habriais querido llegar.* Porque, no teniendo en la hora suprema el pleno y